

## **Una crítica argentina (y suramericana) de la nueva geopolítica crítica anglohablante**

**Julio Burdman\***

**Resumen:** La geopolítica crítica fue un movimiento social político-académico que permitió la reconstrucción de la geopolítica a nivel mundial. Sin el aporte de la geopolítica crítica, ninguna clase de geopolítica sería posible en la actualidad. Pese a ello, hoy sus logros son puestos en duda hasta por sus mismos autores fundantes: los “críticos de la geopolítica crítica” sostienen que este enfoque no evitó la propagación de una “geopolítica neoclásica” en Estados Unidos, a la que consideran dominante en la política, la defensa y la política exterior, y para combatirla proponen refundar la geopolítica crítica sobre las bases de las teorías políticas ambientalista y feminista. El argumento que se presenta en este artículo es que los investigadores y practicantes de la geopolítica en el sur deben mantenerse al margen de este debate de pretensión universalista, y desde una perspectiva nacionalista y/o regionalista concentrar sus esfuerzos en la construcción de escuelas de geopolítica crítica en Suramérica, que produzcan respuestas propias a problemáticas espacialmente situadas.

**Palabras clave:** Geopolítica crítica - Geopolítica clásica - Geopolítica neoclásica - Universalismo - Nacionalismo

**Abstract:** Critical geopolitics was a politico-academic social movement that allowed the reconstruction of geopolitics worldwide. Without the contribution of critical geopolitics, no kind of geopolitics would be possible today. Despite this, its achievements are called into question even by founding authors like Flint, Toal and Dalby: the "critique of critical geopolitics" argue that this approach did not prevent the spread of a "neoclassical geopolitics" in the United States, which they consider dominant in politics, Defense and Foreign Policy. To fight it they propose to refund critical geopolitics on the basis of environmentalist and feminist political theories. The argument I present in this article is that researchers and practitioners of geopolitics in the South should stay out of this debate of universalist claim, and from a nationalist and/or regionalist perspective concentrate their efforts on building schools of critical geopolitics in South America, that produce their own responses to spatially situated problems.

**Keywords:** Critical Geopolitics - Classical Geopolitics - Neoclassical Geopolitics - Universalism - Nationalism

**Recibido:** 20 de diciembre de 2022. **Aceptado:** 23 de diciembre de 2022. **Publicado:** 29 de diciembre de 2022

---

\* Licenciado en Ciencia Política (Universidad de Buenos Aires) y Doctor en Ciencia Política (Instituto de Estudios Políticos de París). Es docente e investigador en la Universidad de Buenos Aires y la Universidad de la Defensa Nacional. [julioburdman@derecho.uba.ar](mailto:julioburdman@derecho.uba.ar)  
<http://orcid.org/0000-0002-7047-7336>

## Introducción: las puertas abiertas por la geopolítica crítica, vistas desde Argentina

En este artículo me propongo comentar el estado del arte de los estudios geopolíticos contemporáneos desde una perspectiva argentina, que podría ser también suramericana. Parto de mi experiencia de más de diez años como profesor e investigador de geopolítica en mi país. Las preguntas que disparan este texto las hemos discutido con los estudiantes durante años en las aulas: ¿sirve la geopolítica crítica contemporánea, un producto intelectual nacido y desarrollado en las universidades de Europa y el mundo anglohablante, para pensar nuestros problemas nacionales y regionales? Muchos de ellos creen que no. El argumento que voy a presentar aquí es el mismo que les ofrezco en clase: sirve, y es imprescindible, aunque hoy ya no alcanza.

En el aula me encuentro año tras año con estudiantes que demuestran interés inicial por los autores de la geopolítica crítica contemporánea, pero terminan el curso con una cierta insatisfacción con ellos. De hecho, muchos estudiantes caen en la tentación de mirar con cariño a los viejos clásicos, lo que me obliga a redoblar el uso de mis limitadas habilidades pedagógicas para hacerles entender que eso es una trampa. Los cursos de geopolítica suelen ser obligadamente introductorios, ya que en general son piezas únicas en programas de estudios (ciencia política, estudios internacionales, defensa) que tienen otro tipo de materias, y por ende siempre hay poco tiempo y mucho para leer. No se puede ir directo a los conceptos contemporáneos, debemos recorrer una breve historia del pensamiento geopolítico, atravesando las ideas de Mackinder, Ratzel, Mahan y otras paradas necesarias para que el estudiante comprenda cómo llegamos al siglo XXI. Y allí se presenta el primer problema: muchos estudiantes y jóvenes graduados se “decepcionan de los críticos” y, acto seguido, se “enamoran de los clásicos”, a pesar de que sus escritos tienen más de un siglo. Creo que esos estudiantes se sentirían más cómodos con una teoría geopolítica crítica acorde a sus expectativas, pero al descubrir sus falencias terminan atraídos por los cantos de las sirenas mackinderianas.

Tengo identificado al menos tres estereotipos de estos estudiantes, tanto a nivel de grado como de posgrado:

i. *los simpatizantes politizados o militantes de los partidos nacional-populares*, que se entusiasman inicialmente con el antiimperialismo y anticolonialismo de los críticos contemporáneos, pero luego se frustran al ver que éstos no proveen herramientas para analizar problemas o elaborar discursos en clave nacional o regional, sobre todo en cuestiones que les resultan sensibles como las críticas a la injerencia de los organismos internacionales -en especial, los financieros-, los reclamos soberanistas en el Atlántico Sur y la Antártida, el despliegue de políticas proteccionistas de las industrias nacionales, etcétera.

ii. *los jóvenes profesionales (o aspirantes a serlo) en áreas de política exterior, defensa, seguridad o inteligencia*, que en un primer contacto se sienten atraídos por los métodos y las categorías de los críticos para analizar la política de escala global, pero luego se sienten frustrados por sus miradas desconfiadas de todo tipo de geopolítica práctica, que en algunos casos se enfoca directamente en los llamados “intelectuales del estado” (v.g. Toal, 1996). Efectivamente, estos estudiantes tienen razón: gran parte de estos autores piensa que la geopolítica crítica debería desarrollarse en las universidades, no en las

burocracias estratégicas del estado, pese a que en este segundo ámbito es donde más se demanda la producción geopolitológica.

iii. *los interesados en temas de economía política internacional*, que al principio se inclinan por la mirada innovadora de la geopolítica crítica sobre la globalización y las múltiples escalas del orden contemporáneo, pero luego se decepcionan por su énfasis en las representaciones, la textualidad y el discurso, y su escaso interés por las bases materiales de la política internacional -y ven, al contrario, que la vocación de los clásicos por la geoestrategia y los recursos naturales combina mejor con las tesis geoeconómicas de fines del siglo XX, que les resultan fascinantes.

Todas estas observaciones, de hecho, se asemejan bastante a las críticas ya enunciadas a la geopolítica crítica, que han sido reconocidas por sus propios autores pioneros (v.g. Toal 2021). Tiene sentido, también, que preocupaciones tan distintas como las dificultades para utilizar la geopolítica crítica como insumo conceptual de la militancia partidaria, para diseñar las políticas del estado o hacer análisis económico internacional, no encuentren respuestas automáticas en la geopolítica crítica anglohablante, porque ni ella como campo de conocimiento ni sus principales autores se han propuesto resolverlas. Tampoco podemos pedirles que hagan nuestro trabajo. Es cierto que una de las virtudes de la geopolítica crítica es que ayudaba a sus estudiantes a pensar la espacialidad desde diferentes lugares, y prestando atención a la complejidad política y social de la geografía. Pero esa es una llave que abre la primera puerta del camino hacia la investigación de la espacialidad política, y no el camino en sí.

La puerta que abrió la geopolítica crítica no es menor: sin ella ni sus conceptos principales, no sería posible ningún tipo de pensamiento geopolítico en la actualidad. Ni en Suramérica, ni en ninguna parte. La geopolítica crítica nos liberó de las falacias geodeterministas de pretensión universal de la vieja geopolítica clásica, reconstruyó a la subdisciplina como campo de conocimiento académico tras su caída en el ostracismo, y nos brindó un servicio adicional a los nacionales “del sur”, que es una batería de categorías y conceptos para revisar desde nuestra propia espacialidad los modelos que durante largas décadas importamos acríticamente “del norte”, tanto de la geopolítica moderna europea como de la teoría estadounidense de las relaciones internacionales. Pero a partir de esa puerta abierta, se requiere más desarrollo teórico e investigación aplicada. En el caso de las respuestas que buscaban los estudiantes, lo que se necesitan son más teorías e investigaciones orientadas a resolver los problemas propios, que integren los hallazgos iniciales de la geopolítica crítica hasta el presente, con respuestas argentinas / suramericanas para las preguntas argentinas / suramericanas.

En ese camino, la geopolítica clásica suramericana del siglo XX nos brinda una historia para revisar y aprender. Los clásicos que hoy hacen sonar sus sirenas -Mackinder, Ratzel, Mahan- tampoco traían consigo respuestas para los problemas suramericanos. El desarrollo de una geopolítica clásica de tono local fue un proceso que realizaron diferentes generaciones de autores brasileños, argentinos, chilenos, bolivianos y de otros países, quienes leyeron los originales, los tradujeron, se inspiraron en ellos para escribir sus propios textos, luego se arrepintieron de lo que escribieron, actualizaron sus temas de investigación, discutieron con los originales, comprendieron las diferencias entre estatalidad europea y postcolonial, escribieron sus propias geopolíticas. La geopolítica clásica suramericana no se hizo de un día para el otro. Y en el camino, hubo cambios históricos que modificaron radicalmente las condiciones de producción del conocimiento.

No obstante, el desarrollo teórico desde Suramérica, aún si se convierte en un producto autónomo, implica una relación interactuante con la geopolítica crítica nacida y desarrollada en el hemisferio norte. La evolución del pensamiento de los autores pioneros, y las discusiones que ellos mantienen con sus comunidades, nunca resultan neutrales. Sus crisis, tampoco. Un momento clave en la historia de la geopolítica clásica suramericana fue la crisis de su fuente original, la geopolítica europea, que sobrevino con el fin de la segunda guerra mundial. En la actualidad, la geopolítica contemporánea también atraviesa una crisis, no tan grave como la de 1945, pero significativa al fin. En el punto 3 de este artículo se desarrolla una reflexión acerca de cómo se ve afectado el proyecto de una geopolítica crítica suramericana por la crisis de su respectiva fuente original. Pero antes de ello vamos a revisar el andarivel histórico de todo este proceso, que es la trayectoria del pensamiento geopolítico suramericano durante el siglo XX.

## **Pensamiento geopolítico suramericano: el camino hacia la particularidad**

Aunque en general los historiadores de esta corriente (v.g. Child 1979, Dodds 2000) han destacado las semejanzas con la geopolítica clásica europea, dadas sus fuentes intelectuales comunes en la ciencia geográfica de fines del siglo XIX, y asociando a ellas su cercanía política con las dictaduras militares de la segunda mitad del siglo XX, hay otras características que no deben ser soslayadas. La geopolítica clásica suramericana se consolidó en otros contextos que los del norte, e incluyó la preocupación del desarrollo económico. Pero, además, con el correr del tiempo fue adquiriendo una dirección particularista: se fue haciendo cada vez más suramericana. Esto inicialmente fue un proceso virtuoso, ya que se convirtió en un proceso original de conocimiento formal y práctico, pero luego significó su final, ya que no pudo tomar distancia crítica del proceso político y social autoritario de la era de las dictaduras militares, y terminó arrastrada por dicha sombra.

Podemos periodizar a la geopolítica suramericana según dos ejes: en comparación con la europea y estadounidense (tabla 1) y en función de su propia evolución teórica (tabla 2). Inicialmente, la expansión en nuestra región de la geopolítica clásica del norte (angloamericana, alemana, francesa) fue veloz. Ya *Intereses Argentinos en el Mar* de Segundo Storni, publicado por primera vez en 1916, es un libro de geopolítica formal que cita los trabajos de Mahan, Ratzel y Vallaux; a principios de los años 30 había varios autores publicados de temática geopolítica, sobre todo en Brasil, donde Everardo Backheuser y Mario Travassos estaban haciendo contribuciones importantes. Los textos de la geopolítica europea circulaban gracias a las adaptaciones y traducciones de estos autores locales, que los habían leído, y porque gozaban por ese entonces de popularidad y fama mundial. Pero también hay que tomar en consideración que los autores argentinos, brasileños y de otros países pronto encontraron en esta nueva ciencia social un marco de ideas que respondía a las necesidades locales. La geopolítica, aún la más formal, es en sí misma una práctica política, que construye su propia apelación espacial, y por ello sus caminos hacia la particularidad se trazan con una relativa facilidad.

La preocupación principal de la primera generación de suramericanos era el *anecúmene*, el territorio deshabitado, el subdesarrollo interior. Buscaban que sus estados nacionales

integrasen sus áreas remotas a los centros económicos a través de estrategias de desarrollo territorial y logístico, y llamaban a una nueva conciencia espacial que movilizase la atención hacia esas propuestas políticas. Para Storni (1952 {1916}), el problema era la Patagonia y el mar; para Travassos (1978 {1931}), el Amazonas y el noroeste: ambos necesitaban convencer al público de sus ideas, o éstas jamás verían la luz. Storni proponía construir nuevos puertos, impulsar una marina mercante, desarrollar una armada en condiciones de vigilar el mar, y educar en náutica a los argentinos para convertirlos en marineros; Travassos soñaba con la integración nacional a través del ferrocarril, y con la relocalización de actividades económicas, instituciones políticas y modelos culturales en los interiores de la selva y el río. Ambos autores suramericanos preveían un rol importante de las fuerzas armadas en el desarrollo económico y el ordenamiento territorial, y su modernización para poder lograrlo, pero no se obsesionaron con las fronteras móviles, los espacios vitales o la guerra territorial. A diferencia de los clásicos del norte, no albergaban deseos de expansión territorial exterior de sus respectivos países. Decir que sus geopolíticas eran *militares*, y trazar a partir de allí un ejercicio de analogías con Europa unidas por el marco teórico, es un reduccionismo que omite lo principal. Si hubiera que sintetizar en una sola idea-fuerza el tema central de esta primera generación de geopolitólogos del sur, podríamos decir que buscaban la *consolidación de sus respectivos estados nacionales*, cuyos procesos de construcción aún eran recientes.

Tras sus diagnósticos sobre áreas deshabitadas, regiones desintegradas y carencia de conciencia geopolítica, los nuevos geopolitólogos proponían programas gubernamentales que significaban una continuación de las tareas de construcción de estatalidad postcolonial de las generaciones anteriores. La especificidad geográfico-política de sus ideas era la visión del territorio continental y marítimo como el factor pendiente del proceso social: el desarrollo económico y territorial era el cemento de la nueva sociedad. Por eso, podemos decir que la primera generación de la geopolítica suramericana *adaptó* el marco de la geopolítica clásica europea, ya consolidada en sus países de origen, a las necesidades locales, a problemas situados, y que esa adaptación comenzó a producir algo distinto y particular. Pero les faltaba, aún, una toma de conciencia acerca de las rigideces sociopolíticas de los clásicos que los inspiraban.

La geopolítica clásica suramericana inicial no fue belicista, ni tampoco imperialista. Tal vez esa sea una de las razones que explican por qué, en lugar de desaparecer en los inicios de la guerra fría, la escuela suramericana de geopolítica se consolidó: no fue asociada a la guerra mundial, y por lo tanto no vivió la “guerra académica contra la geografía” que se dio en el hemisferio norte. La historia de la crisis y la desaparición de la geopolítica clásica original es bien conocida: tras la finalización de la segunda guerra, las ciencias sociales realizaron una lectura profundamente crítica del papel de la ciencia geopolítica en el belicismo de los países del eje. En particular, de la influencia que ejerció Karl Haushofer sobre Hitler y el régimen nazi en general (Cairo, 2011). Haushofer, cofundador del partido nacionalsocialista, asesor de Rudolf Hess y aparente padre de la teoría nazi del *lebensraum*, era el diector de la revista de geopolítica más importante del mundo, *Zeitschrift für Geopolitik*, y probablemente el autor más representativo de la subdisciplina. Fue absuelto en los juicios de Nuremberg, ya que había sido excluido del poder en los últimos años de Hitler y no fue encontrado culpable de los crímenes del régimen, pero quedó apartado de toda actividad académica, y se suicidó en 1946. La geopolítica fue retirada de los programas universitarios en los años de la reconstrucción europea, y en 1947, por otras razones, pero en un mismo clima de ideas, la Universidad de Harvard decidió cerrar su departamento de Geografía, lo que tuvo un efecto “bola de

nieve” sobre el resto del sistema universitario estadounidense (Smith, 1987). Sumida en un descrédito académico, acusada de belicista e instigación al imperialismo, durante décadas casi no hubo geopolítica en el norte.

**Tabla 1. Etapas del pensamiento geopolítico: Europa/EUA vs. Suramérica**

Hito histórico	Europa - EUA	Suramérica
Principios del siglo XX	Nacimiento y consolidación	Nacimiento y adaptación
Inicios de la Guerra Fría	Desaparición	Consolidación
Fin de la Guerra Fría	Renacimiento	Desaparición

Mientras tanto, en Suramérica sucedía lo contrario: se estaban sentando las bases de una nueva era de pensamiento geopolítico, que se consolidaría hacia los años 60. Como documenta Tambs (1970), a partir de 1947 la publicación de textos de geopolítica suramericana comienza a multiplicarse, sobre todo en Brasil, el país suramericano donde mejor se desarrolló una tradición homogénea de pensamiento geopolítico -tal vez, el único que lo logró. A fines de los 40 el precursor de la geopolítica brasileña, el ya mencionado Backheuser, seguía escribiendo y publicando, y simultáneamente aparecen nuevos autores como Lysias Rodrigues, João Neves, Carlos de Meira Matos, Therezinha de Castro; Ramón Cañas Montalva en Chile y Julio Londoño en Colombia comienzan sus investigaciones en relativa soledad. El caso argentino resulta más difícil de clasificar para estos historiadores: coinciden Tambs y Dodds en destacar que no hubo aquí una sistematicidad como en Brasil, y al mismo tiempo remarcan que el surgimiento del peronismo produjo una visión geopolítica alternativa al antagonismo bipolar de la guerra fría, reavivando los debates sobre la conciencia espacial. En esa línea, Tambs (1970, p. 73) asocia la aparición de nuevos autores argentinos a partir de 1950 -Jorge Atencio, Emilio Solda, Angel Berra, Jorge Jasson, Luis Perlinger- con el interés en la geopolítica que generaron las orientaciones internacionales de Perón. ¿Cómo podemos interpretar esta observación de Tambs y Dodds sobre el hecho de que Argentina no produjera una tradición de pensamiento geopolítico como la de Brasil, pero sí atravesara por una similar “primavera” de producción de conocimiento geopolítico, que empezó con la guerra fría y luego se consolidaría con la aparición del grupo de Juan Guglielmelli y la publicación durante casi dos décadas de la revista *Estrategia*? ¿Y todo esto, en un contexto suramericano de consolidación de la geopolítica como subdisciplina? La respuesta está en sus contextos políticos nacionales distintos, aún compartiendo un mismo marco epistemológico de consolidación (regional y situada) del campo disciplinar.

En Brasil, la finalización de la segunda guerra mundial y el comienzo de la guerra fría consolidaron el código geopolítico nacional, mientras que en Argentina -sobre todo, a partir de 1955, año del derrocamiento de Perón- el código geopolítico experimentó una crisis de la que nunca terminó de superarse<sup>1</sup>. En Brasil se asentaron criterios como el liderazgo subregional en un marco de alianza con Estados Unidos (una política que tenía un sentido especial en la guerra fría), la integración física dentro de Brasil y con los

<sup>1</sup> Por *código geopolítico* nos referimos a un conjunto de conceptos sobre la relación del país con el mundo que comparten las dirigencias políticas de un determinado estado, y que informan a las políticas exteriores bajo cualquier gobierno. Para una discusión sobre el concepto de código geopolítico y sus aplicaciones, ver Flint (2021)

vecinos hacia el Pacífico, y la proyección al África lusoparlante a través del Atlántico, entre otros; todas las distintas dirigencias brasileñas desde entonces los adoptaron como propios y, tal como admitió Perón en 1953, ni siquiera Getulio Vargas pudo modificarlo desde la presidencia (Burdman 2020b, p. 191). En Argentina, en cambio, en aquellos años se produjo un quiebre en el código geopolítico, dadas las fuertes divergencias internas en torno a cuál debía ser la política argentina en la guerra fría y ante la hegemonía estadounidense, que profundizaron el fuerte clivaje peronismo - antiperonismo. Todo eso se vio reflejado en los estudios geopolíticos: mientras que la “escuela geopolítica brasileña” giraba en torno a los mismos temas y el consenso, los autores argentinos fueron debate y heterogeneidad. Los textos de Isaac Rojas, que culpan al peronismo de los problemas argentinos, y entienden que la misión de la geopolítica es reparar los “errores cometidos” (Rojas, 1979), son una muestra que ilustra el quiebre del código.

Esta diferencia entre los casos de Brasil y Argentina se inscribe dentro de la tendencia regional de adquisición de particularidad a lo largo de las siete décadas de geopolítica clásica suramericana. Como vimos, las diferencias geopolíticas particulares entre Brasil y Argentina se explican, en gran medida, por sus diferentes contextos políticos domésticos, y lo que ellos implicaron frente a la guerra fría. Y a partir de la cruce entre política doméstica y geopolítica, la geopolítica clásica suramericana fue adquiriendo un tono cada vez más particular -en este caso, de particularidad nacional. Sin embargo, también podemos ver, a partir de un análisis de conjunto, que el trayecto hacia la particularidad fue general, algo propio del proceso de producción de conocimiento geopolítico a nivel continental, y ello resultó en una geopolítica clásica cada vez más situada en las problemáticas suramericanas -o, al menos, en lo que dichos autores identificaron como tales-, y en las respuestas ofrecidas frente a las ellas.

En una primera mirada, esta adquisición de particularidad no sorprende: luce lógico que, con el correr del tiempo, los autores suramericanos dependan cada vez menos de los “padres fundadores” (Mackinder, Mahan, Ratzel), y que las generaciones más nuevas comiencen a elaborar sus ideas a partir del diálogo con sus predecesores, estableciendo así una tradición de pensamiento local. Pero también hay que observar los cambios en el contexto histórico de la producción intelectual. Para observar cómo ello repercutió en la evolución de la agenda temática, agrupamos a los autores en tres generaciones (tabla 2): una *primera* (1910-1945), que fue la que adaptó la producción europea al marco suramericano; una *segunda* (1945-1960) que refundó la geopolítica suramericana en la etapa inicial de la guerra fría y cuando la subdisciplina se hallaba en virtual desaparición en el norte; y una *tercera* (1960-1980), que consolida el rumbo disciplinar que había iniciado la segunda, pero bajo la influencia de la guerra fría y las intervenciones del militarismo autoritario en la política interna de los países. Los cortes históricos elegidos no son exactos -en algunos países la segunda generación pudo haber comenzado antes, en otros lo mismo aplica a la tercera, y en la mayoría de ellos la primera no apareció antes de 1930-, y los listados de autores no son exhaustivos; algunos, como Backheuser o Meira Mattos, son incluidos en más de una generación. Pero se busca orientar aproximadamente tres segmentos diferenciados de la geopolítica de los países suramericanos: la aparición de la subdisciplina, el impacto del fin de la segunda guerra, y su entrecruzamiento con los regímenes autoritarios a partir de la década de 1960.

**Tabla 2. Tres generaciones de geopolitólogos clásicos suramericanos**

<b>Generación</b>	<b>Autores representativos</b>	<b>Problemas y temas principales</b>
Primera generación 1910-1945	Everardo Backheuser Mario Travassos Jose de Lima Figueiredo Segundo Storni Jaime Mendoza Raúl Haya De la Torre	Ciencia geográfica (geodeterminista): fronteras, barreras naturales, ríos, mares. Políticas geográficas: panamericanismo; territorios nacionales y traslado de la capital (Brasil). Problemas geográficos: áreas vacías, mediterraneidad, desaprovechamiento del mar (Argentina)
Segunda generación 1945-1960	Everardo Backheuser Lysias Rodrigues João Neves Carlos de Meira Matos Carlos Delgado Carvalho Ramón Cañas Montalva Julio Londoño Jorge Atencio Emilio Solda / Angel Berra Jorge Jasson Luis Perlinger	Ciencia geográfica (geodeterminista): variaciones de la geopolítica, conciencia geográfica, situación en el mundo, “ <i>heartland</i> sudamericano”. Impactos internacionales: imperialismo, guerra mundial. Políticas geográficas y problemas: traslado de la capital (Brasil), Amazonas (Brasil), Pacífico (Chile), Bolivia, proyección global (Brasil), formación del estado (Argentina), plataformas continentales, recursos naturales. Geoestrategia: poder aéreo y naval.
Tercera generación 1960-1980	Golbery Couto e Silva Carlos de Meira Matos Therezinha de Castro Octavio Tosta Jorge Atencio Juan Gugliamelli Carlos Moneta Isaac F. Rojas Justo Briano Augusto Pinochet Alberto Methol Ferré Vivian Trias	Ciencia geográfica: metodología de análisis, conciencia geográfica, planeamiento territorial, “geografía & desarrollo”. Impactos internacionales: guerra fría, temas mundiales, Medio Oriente, Cuba, energía. Políticas geográficas y problemas: bioceanidad, integración regional, Cuenca del Plata y Atlántico Sur Antártico (Argentina), Pacífico Sur Antártico (Chile), pasajes estratégicos (canal de Beagle, Panamá), regionalismo. Geoestrategia: políticas de defensa, planeamiento militar, “seguridad nacional”.



Epistemológicamente, los autores de las tres generaciones estuvieron atravesados por el geodeterminismo, que es la visión dura sobre la influencia de la geografía física sobre el fenómeno político: la importancia del desarrollo de las fronteras -entendidas como barreras naturales-, y del control de los ríos y los mares, y el temor a las áreas vacías y la “prisión” de la mediterraneidad. Tal vez podamos registrar una cierta disminución del geodeterminismo entre los autores de la tercera generación, pero no se trató de un cambio sustancial. Lo que sí cambió, sobre todo entre la primera y la segunda generación, fue la noción de que la geopolítica clásica europea no servía para el contexto suramericano. Por ejemplo, el libro de Isola y Berra (1950) introduce esta idea en su parte introductoria, haciendo un llamado a comprender con una mirada propia los nexos entre la geopolítica y el proceso de formación del Estado en nuestra región (Dodds 2000, p. 161). A partir de esta sola noción, se deriva la idea de que hay variaciones de las geopolíticas, y que se deben desarrollar las conciencias geográficas propias, en función de la situación en el mundo. En este marco, los autores de la segunda generación se obsesionan con los “problemas geográficos” específicos de la región, y con el impacto en Suramérica de la política internacional de la guerra fría.

La tercera generación, en cambio, está caracterizada por la relación entre la geopolítica y los modelos burocrático-autoritarios de su época. Algunos de sus autores representativos -notoriamente, Golbery de Couto e Silva y Augusto Pinochet Ugarte- llegaron a ser figuras claves de las dictaduras militares de sus respectivos países. Dada esta proximidad, es difícil leer estos textos sin buscar en ellos una “racionalidad geopolítica” destinada a justificar las acciones de los gobiernos de la época. En ese sentido, y aunque hay una lectura que sostiene que las tensiones territoriales entre países vecinos estuvieron alimentada por los textos de una geopolítica militarista, también podemos buscar explicaciones en el sentido inverso: adaptándose al belicismo de las dictaduras militares, los autores geopolíticos de la época brindaban un marco teórico a las políticas de competencia militar. Aunque estos autores, al igual que los de primera y segunda generación, no hablan de anexionar territorios de otros países vecinos, ni del desarrollo de estrategias militares a tal efecto -de hecho, los autores de la segunda generación, como Isola y Berra, se concentran fundamentalmente en producir saber geográfico (Hartlich, 2021)-, pero sí comienzan a describir con dramatismo las intenciones imperialistas del vecino (v.g. Rojas, 1979). Así, además de la proliferación de textos orientados a la geoestrategia, al análisis del impacto local de la rivalidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética, y al concepto de seguridad nacional, se puede observar que las áreas geográficas sobre las que se escribe con frecuencia a partir de 1960 -la Cuenca del Plata, el Atlántico Sur y el Pacífico Sur, los canales de Beagle y Panamá, entre otros- son abordadas primariamente en términos de hipótesis de conflicto. Así y todo, cabe aclarar que varios autores de la tercera generación también trataron temas más vinculados al desarrollo, el planeamiento territorial, la energía, y la integración regional, entre otros.

El trayecto hacia la particularidad fue uno de los aspectos más interesantes de la geopolítica clásica suramericana, que se convirtió en una escuela de pensamiento independiente de su marco teórico de origen -algo que no siempre sucede en el universo de las ciencias sociales- y nos invita a trazar la posibilidad de que algunas de sus tesis se mantengan vigentes. Sobre todo, aquellas que establecen relaciones entre espacialidad (interna y externa), las políticas públicas y desarrollo socioeconómico. Sin embargo, esta subdisciplina sufrió un fuerte revés durante el período de transición entre las dictaduras militares y la democracia, en la década de 1980, comparable en más de un sentido al que sufrió la geopolítica clásica europea tras la derrota militar del nazifascismo en 1945.

Recibió acusaciones demoledoras de parte de los geógrafos académicos (v.g. Reboratti, 1983), que le atribuyeron responsabilidad ideológica en muchos de los crímenes de las dictaduras, incluyendo la persecución del “enemigo interno”, que condujo a la represión ilegal y el terrorismo de estado, y la proliferación de hipótesis de conflicto militar en el continente. Las principales plumas de la tercera generación ya no estaban para defender a la criatura cuestionada -Juan Guglielmelli falleció en 1983 y Golbery de Couto e Silva en 1987-, y la sola mención del nombre de Augusto Pinochet como autor de uno de los libros de geopolítica más vendidos en lengua española alcanzaba para garantizar el rechazo de amplios sectores. El clima político de las democracias trajo cambios profundos en las universidades, nuevas carreras de ciencias sociales se crearon rápidamente en las casas de estudio de toda la región, y la vilipendiada geopolítica fue excluida de los nuevos planes de estudio, quedando confinada a las escuelas de formación militar y a algunas pocas publicaciones que circulaban en dichos ámbitos, donde se hablaba de ella casi con pudor.

Por otra parte, la salida de los militares de la vida política suramericana también se dio en el marco del fin de la guerra fría. El pensamiento de la tercera generación de geopolitólogos suramericanos se nos presenta, en perspectiva, como atado a dos procesos históricos relacionados: el autoritarismo regional, y la conflagración este-oeste. La desaparición de la geopolítica suramericana coincidió con un momento de cambios pronunciados en el orden geopolítico. A partir de la década de 1980, la disciplina dominante para el estudio de la espacialidad política es la teoría de las relaciones internacionales, que corresponde a otro marco conceptual. Tal como sucediera con la vieja geopolítica clásica hace un siglo, la geopolítica crítica en el siglo XXI llega a Suramérica como un elemento exógeno, facilitada por la traducción al español de nuevos clásicos y la circulación de revistas como *Geopolítica(s)*, de la Universidad Complutense de Madrid. Y tal como sucedió poco antes en el hemisferio norte, ha resultado fundamental para la recuperación del campo del conocimiento geográfico-político en el mundo de la universidad. Además de brindarle nuevas bases epistemológicas, que permiten comprender el fenómeno de la espacialidad a partir de la acción humana, rompiendo definitivamente con el geodeterminismo, la geopolítica crítica contemporánea constituyó un movimiento político-académico que reparó los lazos rotos entre el conocimiento geográfico-político y la sociedad. Sin el *giro crítico* que vivió la geopolítica académica en Europa y Estados Unidos durante los últimos 50 años, hoy no tendríamos geopolítica en ninguna parte. Gracias a la geopolítica crítica del hemisferio norte, cuya influencia se extendió hasta el sur, hoy podemos volver a debatir las relaciones entre política, estrategia, sociedad y territorio a partir de conceptos y métodos compartidos.

Sin embargo, en los últimos años, los principales autores de este campo se han visto envueltos en un debate político-académico acerca de cuál debe ser el sentido de su producción en un mundo caracterizado por el auge apenas previsto del nacionalismo soberanista en Estados Unidos, Gran Bretaña y Europa continental. En el marco de este debate se está produciendo un giro dentro de la propia "tradición" de la geopolítica crítica. El cual debemos mirar con atención, tal como hicieron los autores de la segunda generación a la geopolítica europea: ¿hasta qué punto este enfoque, originario de otro contexto histórico y político, permite el desarrollo de un camino particularista de la nueva geopolítica en Suramérica?

## Sobre el giro universalista de la segunda geopolítica crítica contemporánea

En este apartado voy a argumentar que, para desarrollar una geopolítica contemporánea desde Argentina y Suramérica, tenemos que definir a la geopolítica crítica como el punto de origen de una nueva etapa de los estudios geopolíticos en la región. Un kilómetro cero. Esta geopolítica crítica nos permite reconstruir el campo disciplinar a partir de un doble movimiento: la revisión (“la crítica”) de la geopolítica clásica suramericana de los años 1960-1980, que fue desterrada a partir de la democratización, y, simultáneamente, el cuestionamiento de los modelos teóricos de la Teoría estadounidense de las Relaciones Internacionales (TRI), dominantes en Suramérica desde hace 40 años. Esa apertura de puerta puede ser el cimiento de un camino hacia un pensamiento geopolítico situado. Que a partir de entonces dependerá de la propia producción de conceptos, problemas geográficos, respuestas y geoestrategias.

Sin embargo, hay un giro reciente en la geopolítica crítica anglohablante, que busca asemejarse al campo disciplinar de la TRI: diferentes enfoques o corrientes teóricas (clásica, crítica, otras) que discuten entre sí. Y eso, como bien señala nuestra experiencia, resulta problemático para la construcción de una escuela propia. La TRI es un campo organizado a partir de una pluralidad de escuelas teóricas -realistas, liberales, constructivistas, marxistas, postestructuralistas- que compiten para explicar, interpretar o analizar la política internacional; “teorías en pugna” las llamaban Dougherty y Pfaltzgraff (1993). Desde la TRI, se sostiene que es prácticamente imposible analizar un problema internacional sin adoptar alguna de estas perspectivas; algunos autores destacan, de hecho, que las teorías no son solo constructos intelectuales, sino que reflejan las ideas y argumentos internacionales de los dirigentes políticos (Snyder 2004, p. 54).

Esta organización pluralista de la TRI supone que ninguno de los enfoques en competencia pretende un principio de verdad científica: hay “un mundo, muchas teorías” (Walt, 1998), todas ellas tradiciones legítimas de pensamiento, que se reconocen entre sí a pesar de las divergencias y los posicionamientos, y se van desarrollando a través del tiempo. La contribución de los académicos de la TRI consiste en actualizar dichas teorías y adaptarlas a las nuevas realidades. Pero el campo geopolítico funciona (o funcionaba) distinto. Si bien la geografía política también cuenta en la actualidad con una variedad de escuelas y corrientes, todas coincidían en que el siglo XX había significado una *revolución científica*, según la conocida definición de Thomas Kuhn (2005), que fue el pasaje de la geografía física a la geografía humana como marco conceptual de los estudios regionales y territoriales. La geopolítica contemporánea es un resultado de esta revolución del conocimiento, y por eso considera que el territorio y las fronteras que lo delimitan son productos de una construcción política y social. En cambio, la geopolítica clásica geodeterminista, que estaba inspirada en la geografía física, creía que el accidente geográfico y la morfología territorial determinaban las políticas internas y externas de los estados. No son, por tanto “teorías en pugna” mutuamente reconocidas, que compiten o dialogan entre sí: ambos enfoques están separados por un abismo conceptual, y para la gran mayoría de los autores contemporáneos, hasta hace unos años al menos, la geopolítica clásica era un enfoque superado, refutado, basado en nociones que hoy ya no eran aceptables.

Un ejemplo de ello fue la publicación del libro de Robert Kaplan, *The Revenge of Geography* (2012), que hace una reivindicación de Mackinder. Geógrafos políticos como Ron Johnston (2013), O’Lear, Pickett y Biersack (2014) y otros publicaron reseñas demoledoras de esta obra. Johnston llamó a Kaplan “publicista” y dijo que su lectura le resultó “frustrante, aburrida e irritante” (2013, p. 3). Por su parte, O’Lear et al. acusaron al autor de “tergiversar el conocimiento geográfico para consumo de gobiernos y públicos amplios”, preguntándose por qué no hay “geógrafos políticos de verdad” vendiendo libros masivamente (2014, p. 631). La demolición de los textos de Kaplan no era nueva: tres años antes, cuando este autor publicó un breve pero muy leído artículo homónimo en *Foreign Policy*, cuya gran circulación motivó la posterior escritura del libro -siguiendo la experiencia editorial de Huntington con *El choque de civilizaciones* y Fukuyama con *El fin de la historia*, quienes también escribieron libros a partir de artículos impactantes-, la revista *Human Geography* publicó un breve dossier intitolado “Geography Writes Back: A Response to Kaplan”, que incluía las reacciones de reconocidos geopolitólogos críticos del mundo anglohablante, como Morrissey, Dalby, Kearns y Toal. Todos estos autores, al igual que los antes mencionados, coincidían en definir a Kaplan como alguien ajeno a la profesión y la academia, que usurpaba las categorías geográficas y causaba daño y confusión al público con sus errores conceptuales en formato de textos pseudo académicos. No era, claramente, un colega con el que estaban debatiendo.

Pero esas reacciones textuales a Kaplan fueron, tal vez, los últimos episodios de la geopolítica crítica como *etapa / paradigma*, y el comienzo de una nueva definición de sí misma como un *enfoque interactuante*. Otros sí se "tomaron más en serio" a quienes buscan recuperar las categorías mackindereanas (v.g. Mamadouh, 1998; Megoran, 2010). Para Megoran, hay que distinguir entre la “geopolítica conservadora” de la posguerra fría (v.g. Huntington, 1997; Barnett, 2004), que plantea modelos geopolíticos globales, pero sin apelar a definiciones geográfico-políticas claras, y la “geopolítica neoclásica” (Dolman, 2002; Kaplan, 2012; Bennett, 2004), que analiza las “fuentes geográficas de las relaciones internacionales” con las viejas categorías de los clásicos, pero adaptadas a las problemáticas del siglo XXI. Un caso testigo sería Dolman, quien busca respuestas a un problema nuevo, como es la planificación del poder espacial por parte de la estrategia militar estadounidense, con fórmulas viejas: la tesis mackindereana del *heartland* aplicada al sistema solar. Lo que preocupaba a Megoran es que los académicos no se involucraron en discutir con esta corriente neoclásica que, observaba, ganaba espacio en las agendas de la defensa y la política exterior de las grandes potencias, agregando que la discusión con los “neoclásicos” no podía consistir simplemente en revivir las críticas a la geopolítica clásica -cosa que ya había hecho, y con éxito, la geopolítica crítica de fines del siglo XX- sino que se trataba de un desafío nuevo, dado que, a su entender, los neoclásicos iban a producir un crecimiento de la geopolítica conservadora contemporánea; por eso, concluye, dar una discusión es un deber académico y, también, político (2010, p. 188).

Este debate fue creciendo en los últimos años, llegando a los principales referentes de la primera camada de la geopolítica crítica: Simon Dalby, Gerard Toal, Colin Flint. Este último, quien además es el autor de uno de los libros más utilizados en la enseñanza de la disciplina, *Introduction to Geopolitics* (2021), en la cuarta y última edición cambió el planteo teórico al incluir un nuevo capítulo introductorio, en el que clasifica a la geopolítica en tres enfoques, clásica, crítica y feminista. Para Flint, la noción de lo geopolítico hoy está “más cuestionada que nunca”, agrega que la geopolítica clásica no debe ser considerada como algo del pasado, porque está “viva, y gozando de buena salud”

(2021, p. 4), y sostiene que su posición es “utilizar las contribuciones de la geopolítica crítica para desafiar las categorías geopolíticas clásicas dominantes”, pero al mismo tiempo cree que “el enfoque crítico debe comprometerse con las ideas de la geopolítica feminista” (2021, p. 7), ya desarrollada por autoras pioneras como Kofman y Gilmartin (2004) o Hyndman (2004). Flint advierte en esta introducción que la geopolítica feminista no trata de las condiciones de vida de las mujeres, aunque éstas podrían ser un tema de investigación, sino de la conectividad entre lugares y personas, desde una perspectiva encarnada que se contrapone con “los supuestos más básicos de la geopolítica clásica” (Flint, 2021, p. 7), que es esencialmente “patriarcal”. Desde esta perspectiva, Flint adopta el abordaje de la “geografía del cuerpo” del feminismo desde los años noventa, según el cual los cuerpos son lugares que operan en múltiples escalas, y cuya investigación requiere incorporar la *experiencia* de “gente real en lugares reales”, convirtiendo al estudio crítico de las políticas formales del estado o sus reproducciones culturales en ejercicios insuficientes.

La otra respuesta de la geopolítica crítica al “desafío neoclásico” es la de Dalby (2020) y Toal (2021), para quienes la principal crisis de la humanidad es el cambio climático extremo, y creen que éste no se puede abordar sin una transformación geopolítica radical. Dalby, quien desde hace varios años se dedica a estudiar la *geopolítica del antropoceno*, sostiene que el Estado-nación territorial es una entidad política incapaz de pensar en términos volumétricos -es decir, contemplando los problemas de los espacios submarino y exterior- y que la geopolítica de las relaciones internacionales, que es intrínsecamente competitiva, es un impedimento para pensar en términos de la humanidad como un todo, ya que quienes gobiernan países no pueden hacer otra cosa que defender intereses nacionales. La única forma de lograr una política contra la crisis ambiental sería el fin de la geopolítica de los Estados, y su sustitución por una política de escala planetaria. La competencia de las grandes potencias concluye Toal (2021), es una tragedia de la política mundial. Y hoy, a fines de 2022, cuesta proyectar un futuro que no incluya a Estados Unidos y China compitiendo entre sí.

En suma, este último giro de la geopolítica crítica anglohablante es un cambio teórico relevante, que visto desde el Sur modifica su dirección científica. Aquí lo calificamos de *universalista* -una etiqueta con la que tal vez muchos de ellos no estarían de acuerdo- porque se basa en un salto de escala geográfica para poder disputar con la geopolítica clásica, a la que perciben como persistente y dominante en el mundo real. Lo que cambia es el alcance de la crítica: para la primera generación de la “nueva geopolítica”, la disputa con la geopolítica clásica se daba en su deconstrucción, en demostrar la existencia de las múltiples espacialidades de lo político como modo de poner en evidencia la falacia del geodeterminismo. En su reformulación actual, una geopolítica crítica radicalmente anticlásica parece admitir que la deconstrucción es insuficiente, y que la disputa teórica requiere una escala mayor, más abarcativa, más universal. Para la geopolítica feminista, este salto es hacia una escala ultralocal, la geografía de los cuerpos, que pretende ser la del mayor número posible de personas reales; para la geopolítica del antropoceno, es la escala planetaria, como instancia realmente superadora -a diferencia de la “global”, que sería una ilusión- de la geopolítica nacionalista. Cabe destacar la politización de este giro, ya que tanto el feminismo como el ambientalismo son movimientos sociales de pretensión universalista. Se ha señalado que la geopolítica crítica puede ser un movimiento social (Dijkink, 2004), y que para los movimientos sociales la lógica de la disputa de poder es escalar (Burdman, 2020a); en este caso, tal como suelen hacer los movimientos sociales, la geopolítica crítica, que se siente derrotada en una disputa contra los neoclásicos -que

tienen menos títulos académicos, pero venden más libros y tienen más influencia en el gobierno estadounidense- apela a una escala “mayor”. Y vuelve, al hacerlo, a sus fuentes más políticas.

Ambas respuestas, la feminista y la ambientalista, coinciden en identificar a la geopolítica neoclásica -y, por extensión, al juego político internacional de las grandes potencias, al que ven cada vez más “conservador”- como uno de los datos de nuestro tiempo, que justifica el cambio centífico. La estrategia escalar, como vimos, tiene también una dimensión epistemológica, ya que ahora la “geopolítica clásica” deja de ser considerada como un enfoque del pasado, superado, y pasa a ser entendida como un enemigo presente, patriarcal e imperialista, que está “vivito y coleando”, y que debe ser combatido. La geopolítica crítica deja de ser una revolución científica que reconstruyó un campo disciplinar, y se reconvierte en una corriente teórico-política más, que disputa conocimiento y poder en un campo pluralista de múltiples teorías y enfoques, cada vez más parecido a la TRI. El universalismo de este giro es ubicuo: es una estrategia epistemológica, teórico-política, escalar, que nos pone a todos a combatir contra un enemigo que también es universal, ya que pone en riesgo al planeta y a las personas reales que viven en él. El giro feminista-ambientalista llama a dejar de lado las barreras construidas de la geografía política de los estados, las regiones, y todos sus dispositivos derivados.

¿Cómo queda la perspectiva del sur ante esta aceleración del universalismo? Subsumida por la disputa “global”. Para el giro universalista, el sur global es una región especialmente desfavorecida por un entramado de relaciones de poder cuya escala es mucho más abarcativa, y por eso es un invitado de privilegio a disputar contra el “enemigo universal”. El sur está contemplado por quienes lideran la disputa política. Sin embargo, el tipo de particularismo como el que analizamos en el punto 2, que es el trayecto de aprendizaje hacia el descubrimiento de conceptos propios y la identificación de problemáticas situadas, es visto como una práctica anacrónica, propia de las escalas nacionales / regionales, y que desvía los esfuerzos en un sentido inconducente, dada la gravedad de la disputa; si el calentamiento global, como dice Toal (2021, p. 202) “es la crisis existencial más acuciante de nuestro tiempo“, ¿qué otra cosa puede ser más importante que eso?

La segunda generación de la geopolítica crítica, a diferencia de la primera, ya no deja demasiado lugar para pensar un pensamiento espacial particular y situado. No lo dice explícitamente, pero queda implícito en el salto escalar universalista. Y, especialmente, en su giro epistemológico derivado. Si la geopolítica crítica ya no es una revolución científica consumada, si solo es una corriente contrahegemónica de carácter permanente y global/planetario/interseccional, y si en estas últimas décadas solo hemos participado de una disputa universal por el sentido geopolítico, cuyas agendas pueden cambiar en función de lo que los académicos del norte consideren que son los problemas existenciales de nuestro tiempo, eso tiene consecuencias locales. Podría significar que la geopolítica clásica suramericana tampoco murió, que el campo disciplinar nunca fue recreado a nivel local, pese a que creíamos en ello, y que las batallas por pelear son permanentes y universales. Todo esto nos conduce a un debate en varios planos, que a los fines prácticos de este artículo no podemos desarrollar en su totalidad, y a la conclusión de que este segundo giro de la geopolítica crítica no nos sirve. Si partimos de la premisa de que Argentina y Suramérica enfrentan problemas socioeconómicos y políticos graves, que muchos de esos problemas tienen relación con lo geopolítico -diseños territoriales

incongruentes, posicionamientos espaciales desventajosos, estructuras geoeconómicas insuficientes para construir mercados o acceder a ellos, y un largo etcétera-, y que los argentinos/suramericanos necesitamos elaborar respuestas a estos problemas, necesitamos una geopolítica humana adaptada a los problemas y debates locales. Esto implica adoptar una perspectiva nacionalista y/o regionalista, desde una perspectiva policéntrica y no etnocéntrica, que supone que en el estado actual del mundo las nociones de soberanía, autodeterminación y estrategia de desarrollo aún son relevantes, y que pueden formar parte del pensar geopolítico. Eso no quiere decir que el feminismo o el ambientalismo no puedan sostenerse como prácticas políticas, ya que nacionalismo, feminismo y ambientalismo pueden ser valores complementarios (v.g. Herr, 2003): quiere decir que las geopolíticas del universalismo no pueden obstruir las necesidades de desarrollar geopolíticas propias, puesto que buena parte de lo geopolítico reside en la comprensión de la particularidad espacial.

## **Consideraciones finales**

Este artículo se escribe a partir de una preocupación por el giro reciente de la geopolítica crítica en mundo anglohablante. Sus autores proponen adoptar una dirección radicalmente anticlásica y de construcción escalar universalista (feminista, ambientalista). Pero ello, por las razones antes expuestas, no es útil para el desarrollo de una escuela argentina y/o suramericana de pensamiento geopolítico contemporáneo. Por eso, mi conclusión es que debemos rescatar y continuar las contribuciones de la primera generación de textos de la geopolítica crítica, ya que éstos han sido fundamentales para reconstruir el campo disciplinar en el sur, que estaba quebrado desde la democratización y el fin de la guerra fría, pero emanciparnos de la dirección que ha tomado en los últimos años, sobre todo después de la pandemia de COVID-19. Eso requiere realizar nuestra propia crítica de la geopolítica crítica, y revalorizar las escalas nacionales y regionales como objeto de producción de pensamiento situado.

En nuestra propia trayectoria hacia la construcción de una geopolítica suramericana, la noción de que la geopolítica crítica representó una revolución científica respecto de la clásica -noción que hoy, en el hemisferio norte, se cuestiona- debe ser defendida y rescatada. Porque sin ella, nos quedamos sin punto de quiebre que inaugure nuestra propia trayectoria contemporánea. Una geopolítica crítica que no refunda el campo disciplinar y no adquiere tono propio, no desarrolla teorías y conceptos -como Toal admite-, y nos obliga a discutir con Kaplans que no tenemos, y a remover redundantemente los fantasmas de nuestra propia geopolítica clásica suramericana; el giro universalista de la geopolítica crítica reciente nos invita a pelear sus peleas, seguramente nos reserva asientos en primera fila, pero no provee los conceptos para desarrollar nuestro propio camino. Pero hay que hacerlo, y por razones en principio estratégicas: Argentina y Suramérica están ávidas de geopolíticas orientadas hacia sus propias problemáticas, y crecientemente independientes.

Ello no significa soslayar los aportes de la geopolítica crítica a la fecha. Los textos fundamentales de Agnew, Flint, Toal y tantos otros nos ayudaron a sobreponernos de los efectos perdurables del colonialismo, el eurocentrismo, el atlantismo, el internacionalismo y otros ismos binarios, nos enseñaron a separar la geopolítica formal de la política geográfica, a entender la dimensión socioespacial de las políticas exteriores. E, indirectamente, a comprender qué es una organización territorial disfuncional. Tal

como sostiene Toal (2021, p. 202), una de sus deudas pendientes es haber sido poco prolífica a la hora de elaborar conceptos básicos y métodos, dejándola en una aparente desventaja frente a la teoría de las relaciones internacionales, pese a que su potencial es aún mayor, sobre todo en el sur; la excepción puede ser el trabajo de John Agnew, quien en los últimos 20 años se ha volcado primordialmente a la investigación geográfica aplicada, pero ese mismo esfuerzo lo ha alejado, también, del debate sobre el estado de la geopolítica contemporánea. No obstante, como se ha argumentado en este texto, el interés de la reconstrucción del campo disciplinar de la geopolítica contemporánea es partir de la crítica de los marcos conceptuales que llegan desde el norte, como un paso necesario hacia la construcción de conceptos y problemáticas propias. La trayectoria de la geopolítica clásica, sobre todo el pasaje entre la primera y la segunda generación de autores proporciona enseñanzas en tiempo presente.

## **Bibliografía**

- Agnew, J. (2005). *Geopolítica: una re-visión de la política mundial*. Madrid: Editorial Trama.
- Barnett, T. (2004). *The Pentagon's new map: War and peace in the twenty-first century*. New York: Berkeley Books.
- Bennett, J. (2004). *The Anglosphere challenge: Why the English-speaking nations will lead the way in the twenty-first century*. Oxford: Rowman and Littlefield.
- Burdman, J. (2020a). Geopolítica y antigeopolítica de los movimientos de protesta social del año 2019. *Debates Latinoamericanos*, 18(36), 12-32.
- Burdman J. (2020b). La innovación de Perón en 1953: fundamentos históricos para una geopolítica crítica en Sudamérica. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 11(1), 185-200. <https://doi.org/10.5209/geop.70114>
- Cairo, H. (2011). La Geopolítica como “ciencia del Estado”: el mundo del general Haushofer. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 3(2), 337-345.
- Child, J. (1979). Geopolitical Thinking in Latin America. *Latin American Research Review*, 14(2), 89-111. <https://doi.org/10.4135/9781446261811>
- Dalby, S. (2020). *Anthropocene Geopolitics: Globalization, Security, Sustainability*. Ottawa: University of Ottawa Press.
- Dijkink, G. (2004). Geopolitics as a Social Movement? *Geopolitics*, 9(2), 460-475.
- Dodds, K. (2000). Geopolitics and the geographical imagination of Argentina. En K. Dodds y D. Atkinson (Eds.) (2000), *Geopolitical Traditions: A century of geopolitical thought*. London: Routledge.
- Dolman, E. (2002). *Astropolitik: Classical geopolitics in the space age*. London: Frank Cass.



Dougherty, J., Pfaltzgraff, R. (1993). *Teorías en pugna en las relaciones internacionales*. Buenos Aires: GEL

Guglielmelli, J. (2007). *Pensar con estrategia*. Remedios de Escalada: Ediciones de la Universidad Nacional de Lanús.

Guglielmelli, J. (1983). *Geopolítica del Cono Sur*. Buenos Aires: El Cid Editor

Hartlich, A. (2021). El ojo colonial y el imaginario austral. *Revista Estudios Hemisféricos y Polares*, 12(2), 81-112.

Herr, R. S. (2003). The Possibility of Nationalist Feminism. *Hypatia*, 18(3), 135–160. <http://www.jstor.org/stable/3810867>

Huntington, S. (1997). *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*. Madrid: Paidós

Hyndman, J. (2004). *Mind the gap: bridging feminist and political geography through geopolitics*. *Political Geography*, 23(3), 307–322. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2003.12.014>

Isola, E., Berra, A. (1950). *Introducción a la geopolítica argentina*. Buenos Aires: Editorial Pleamar

Johnston, R. (2013). Book Review of *The Revenge of Geography: What the Map Tells Us About Coming Conflicts and the Battle against Fate*, by Robert D. Kaplan. *The AAG Review of Books*, 1(1), 1-3, <https://doi.org/10.1080/2325548X.2013.785741>

Kaplan, R. (2012). *The Revenge of Geography*. New York: Random House

Kofman, E., Gilmartin, M. (2004). “Critically feminist geopolitics”. En Staeheli, L. et al., eds., (2004) *Mapping women, making politics: feminist perspectives on political geography*. New York: Routledge

Kuhn, T. (2005). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica de México

Mamadouh, V. (1998). Geopolitics in the nineties: one flag, many meanings. *GeoJournal*, 46(4), 237-253, <http://www.jstor.org/stable/41147307>

Megoran, N. (2010). Neoclassical geopolitics. *Political Geography*, 29(4), 187–189. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2009.09.001>

Morrissey, J., Dalby, S., Kearns G., Toal, G. y otros (2009). Geography Writes Back: Response to Kaplan’s “The Revenge of Geography”. *Human Geography* 2(2), 33-51. <https://doi.org/10.1177/194277860900200205>

O’Lear, S., Pickett, N., Biersack, J. y otros (2014). Book review: *The Revenge of Geography: What the Map Tells Us About Coming Conflicts and the Battle Against Fate*,

by Robert Kaplan. *Progress in Human Geography*, 38(4), 629-632.  
<https://doi.org/10.1177/0309132513498549>

Reboratti, C. (1983). El encanto de la oscuridad: Notas acerca de la geopolítica en la Argentina. *Desarrollo Económico*, 23(89), 137-144 <https://doi.org/10.2307/3466451>

Smith, N. (1987). Academic War Over the Field of Geography: The Elimination of Geography at Harvard, 1947-1951. *Annals of the Association of American Geographers*, 77(2), 155-172

Snyder, J. (2004). One World, Rival Theories. *Foreign Policy*, (145), 52-66.  
<https://doi.org/10.2307/4152944>

Storni, S. (1952). *Intereses argentinos en el mar*. Buenos Aires: Instituto de Publicaciones Navales.

Tambs, L. (1970). Latin American Geopolitics: A Basic Bibliography. *Revista Geográfica*, (73), 71-105. <https://www.jstor.org/stable/40992088>

Toal G. (2021). Una reflexión sobre las críticas a la Geopolítica Crítica. *Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder*, 12(2), 191-206.  
<https://doi.org/10.5209/geop.78616>

Toal G. (1996). *Critical Geopolitics: The Politics of Writing Global Space*. University of Minnesota Press.

Travassos, M. (1978). *Proyección continental del Brasil*. Buenos Aires: El Cid Editor.

Walt, S. (1998). International Relations: One World, Many Theories. *Foreign Policy*, (110), 29-46. <https://doi.org/10.2307/1149275>

.